

ma de la flor, al brote en el tallo, al susurro en el arroyo, al centelleo en las estrellas, á la savia en las ramas, al cántico de ruiseñores y alondras, al sentimiento y expansión de la esperanza. La sociedad parecía complacerse por este tiempo del Renacimiento en satisfacer todas las necesidades y aspiraciones del espíritu. Necesitábase un medio de romper la roca feudal, hendirla y pulverizarla, y estalló la pólvora en el siglo décimocuarto. Necesitábase, para abrir los senos de la tierra, para verificar las navegaciones legendarias de los nuevos argonautas, un punto fijo en el cielo y otro punto fijo en el barco, y vino en el siglo décimocuarto la brújula providencialmente á señalar con firmeza el Norte en medio del movimiento continuo y de los rápidos cambios de las expediciones marítimas. Necesitábase un nuevo modelo para el arte, y vino la antes ignorada estatua á ocupar las sacristías de nuestras catedrales y los palacios de nuestros Pontífices. Necesitábase una nueva sociedad, y vinieron las comunidades á organizar las democracias y las monarquías á organizar los Estados. Necesitábase un nuevo sentido para escudriñar los abismos cerúleos, como se había tenido la imprenta para vencer al tiempo, la brújula para burlar al espacio; y en los tubos de un órgano cayeron por casualidad unos cristales que, revelando el telescopio, trastornaron la senil astronomía alejandrina. La conciencia necesitaba renovarse también, la Iglesia rehacerse, el Cristianismo refundirse, la conciencia idealizarse, á fin de subir y subir y encontrar el más allá en los altares, como lo había encontrado en la ciencia, en el arte, en las instituciones, en la vida toda, el humano espíritu. Decir que todas las facultades adelantaban y sólo se detenían el sentimiento y la fe, era decir lo imposible. La fe debía renovarse como todo se renovaba en esta edad de la renovación universal. Y á cumplir el ministerio de renovar la fe, sin apartarla de sus ideas y de sus dogmas tradicionales, vino el alma luminosa del inmortal Savonarola y el pensamiento revolucionario de Lutero. Necesitábase renovar la Naturaleza y apareció Colón. Exami-

nad la serie de las invenciones y veréis cómo la del gran marino adviene á su hora, cuando la demandaban de consuno nuestra tierra y nuestro espíritu. Si lo desgajáis del Renacimiento, jamás lo conoceréis. Como en su edad, en su frente se reunen dos crepúsculos, el vespertino de la teocracia que huye y el matutino de la ciencia que alborea. Por su fe parece Colón un asceta de los siglos medios; por su saber un sabio de las edades modernas. Es como el Renacimiento vivo y personificado.

Un suceso acaecido en el siglo de Colón exaltó los ánimos y trastornó las inteligencias por amenazar con amenazas apocalípticas á todo el mundo cristiano. Constantinopla, la Ciudad Santa, sita en las puertas del Asia, fundada por la previsión de Constantino, heredera de los últimos restos del romano imperio que pudieran preservarse á la irrupción de los bárbaros; asiento de aquella Basílica oriental que habían saludado las cruzadas con devoción semejante á la que causaba la iglesia del Sacro Sepulcro; presa de supersticiones teológicas, del Occidente separada por la procesión de la tercera persona de la Trinidad y por el pan con que debía consagrarse la hostia en la misa; absorta en sus ensueños metafísicos y en sus disputas teológicas, se vió sorprendida por las hordas escapadas tres siglos antes de las frías llanuras de Mongolia y sometida como la Jerusalén del Profeta hasta el punto de que la media luna reemplazase en las rotondas de Santa Sofía á la cruz cristiana y el mohecín profriese sus gritos donde antes profería el sacerdote sus plegarias y los palacios de los griegos se trocaban en serrallos de los sultanes turcos y el nombre de Alah y su fatalismo ponzoñoso viniesen á obscurecer y á envenenar la tierra y la conciencia de la tierra griega como habían desde luengas edades emponzoñado y obscurecido la tierra y la conciencia del Oriente asiático. Esta horrible desventura era tanto más de sentir y deplorar, cuanto que, al revés de lo sucedido en Roma, donde el último vástago de los Emperadores, á quien el destino ornara para mayor irrisión con

los nombres de Rómulo y de Augusto; aquel pobre trémulo niño, último de sus gentes, imbecil y cobarde, se asustaba de la sombra de su propia corona y huía á los brazos de su imperio; bien al revés, iba diciendo, de lo sucedido en Roma; el último Constantino, que también llevaba el nombre de aquel que fundara la capital y el imperio de Oriente, corre á las murallas con arrojo, pelea la hora última de la caída, y muere entre los suyos, cubierto de heridas, con la cara vuelta á sus enemigos, víctima triste del hado fatal, realizando la hazaña más difícil á los protagonistas de las decadencias y de las ruinas: sacar incólume de suprema catástrofe la honra y la dignidad de su raza. Once siglos durara tanto imperio, y en su agonía no se uniera al Occidente, ni en el Occidente hallara los necesarios socorros tan sólo por meras y baladíes disputas teológicas. Cincuenta mil cristianos habían caído en las humeantes ruinas de Constantinopla sin encontrar en sus correligionarios de Roma la compasión y el auxilio á que tenían derecho. Las grandes ciudades religiosas quedaban en los serrallos turcos: la Jerusalén de David, la Antioquía de Pedro, la Atenas de Pablo, la Alejandría de los apologistas, la Constantinopla de los Concilios. El dominio de la idea cristiana se iba restringiendo al mismo tiempo que agrandando el dominio de la idea musulmática. Nicolás V, el cual á la sazón regentaba la Sede Pontificia, lamentóse en bula más retórica que sincera de esta pavorosa catástrofe; y el mundo cristiano sólo supo contestarle con arengas académicas en las escuelas ó con imposición de tributos, los cuales, en vez de alimentar una cruzada universal, sólo alimentaban el fisco y el erario de los reyes. Murió Nicolás V, y sucedióle un valenciano, un Borgia. Nacido en Játiva, canónigo de Lérida, arzobispo de Valencia, cardenal nombrado por Eugenio IV, secretario de Alfonso V el Grande, jurisconsulto de primer orden, á quien San Vicente Ferrer profetizara la alta dignidad del Pontificado, español, y por español acostumbrado á la guerra eterna con los infieles, debía Calixto III predicar la cruzada por Constantinopla, vender

las joyas del tesoro vaticano, considerablemente aumentadas por su antecesor, empeñar la más rica de las tiaras pontificias á fin de reunir y allegar dinero con que sostener la guerra santa, digna de la antigua Roma, á quien pedían todos sus recuerdos y todos sus privilegios un sacrificio fecundo por la nueva Roma de Oriente, caída en manos de los turcos, y marcada, como una esclava georgiana, con el sello deshonoroso de la media luna. Muerto Calixto III, subió á la Sede Pontificia el hombre que representa con mayores títulos el Renacimiento; subió Eneas Silvio Piccolomini. Al celebrarse el cónclave, que sucedió á la muerte de Nicolás V y á la exaltación de Calixto III, hubo en el colegio cardenalicio quien quiso nombrar al cardenal Besarion, al gran sacerdote heleno, Pontífice romano. Uno de los más célebres prelados católicos se opuso con coraje, diciendo que no convenía en aquella sazón al catolicismo tener por jefe un cismático, recientemente convertido á la ortodoxia y no pasado todavía del simple carácter y oficio de neófito. No quisieron los cardenales elegir al representante del Renacimiento latino. Si alguna vez vais á Siena, os podéis formar una idea aproximada de este prelado, cuyas inclinaciones y tendencias exprésanse gráficamente en sus dos nombres puramente latinos de Eneas y de Silvio. Corred á la catedral sienense; admirad su fachada de mármoles blancos y negros, cubierta de signos heráldicos y ceñida de estatuas religiosas; ved en sus naves sus dos series de arcos sobrepuestas, la superior tan aguda como las ojivas del Norte: deteneos un momento á contemplar las grafitas de Becaffume, que ha entallado en piedras figuras envidiadas, por su atrevimiento y por su sublimidad, de los más audaces pinceles; notad aquel riquísimo altar mayor con sus tabernáculos, en que los santos parecen recién venidos del cielo; con su Cristo resucitado y su Ascensión que se mueven como si cruzaran todavía los aires para subir á las alturas etéreas; estudiad sus innumerables obras de arte, que muestran la fecundidad increíble de las ciudades italianas; y cuando creáis que nada os

queda por admirar, veréis aquella librería donde vive aún el Papa Eneas Silvio en todos los actos capitales de su historia, y al contemplar la alegría de su rostro, la riqueza de sus vestiduras, las damas y galanes que le rodean de un lujo asiático, las gallardas embarcaciones reunidas en Ostia contra el turco, los pajes y caballeros resplandecientes de pedrería, en vez de creer en la corte de un Papa, os creeréis, á pesar de hallaros en el interior de una iglesia ojival y católica, caídos y encerrados en pleno paganismo. En efecto, Ferrara le vió un día rodeado por millares de barcas que cubrían el Po, todas ceñidas de flores y llenas de músicos y coros, entrando, en compañía de príncipes y caballeros que ostentaban riquezas sin cuento, sobre un caballo adornado como un Pegaso, bajo un dosel cerúleo, por una inmensa plaza en que danzaban damas mal ceñidas y lucían sus frentes serenas, reproducidas por marmóreas estatuas, los dioses principales del antiguo Olimpo, como si Cristo hubiera muerto en la conciencia humana, y renacido en los campos y en los cielos de Italia el joven Adonis y el antiguo Pan con todo su exuberante sensualismo. Pío II concibió la vasta idea de promover la cruzada contra los turcos y á esta vasta idea consagró toda su existencia. Fácil en idear era extremadamente difícil en cumplir y realizar. Aquel diestro secretario de todos los potentados del mundo europeo; aquel escritor, por quien conocemos tan gráficamente las guerras de Bohemia y las disputas de Basilea; retórico, que resucita en sus escritos la elocuencia ciceroniana; poeta, que escribe versos tan castigados y clásicos; imitador de las bellaquerías de Boccaccio; diplomático, mundano, escéptico, erudito; al subir á su trono, y desde aquel trono proponerse las mayores empresas, no midiendo bien la distancia enorme entre la realidad y la idealidad, cae por su culpa en lo extravagante y en lo ridículo. Lo primero que se le ocurre tiene gracia y explica bien hasta qué punto desconocía el mundo este hombre mundano. Se le ocurre desenterrar el más puro latín, cortar su mejor pluma, disponer del estilo más clásico y ende-

rezar una carta elocuente al gran turco, recentísimo conquistador de Constantinopla, conjurándole con los ejemplos de Clodoveo, Recaredo y otros célebres conversos antiguos y modernos, á que abjure el mahometismo, y pasado á la religión cristiana, tome en la historia moderna el papel de los carlovingios en la Edad Media, el papel de único defensor del Papa, por lo cual recibirá Bohemia, Hungría y otras regiones orientales prontas á entregarse á quien el Papa les designe por dueño y por señor. Mucho debe trastornar el seso la posesión completa de un poder absoluto, cuando literato de tan frío juicio y de tan sana desconfianza como Eneas Silvio, cree posible, reciente aun el malogro del pacto florentino entre la Iglesia griega y la Iglesia romana, mover á un musulmán y á su pueblo, con una carta retórica en latín sapientísimo, á que abjure la religión de su raza y de su historia por una religión tan repulsiva de suyo al natural y al espíritu de los mongoles, como el cristianismo. Pero entre cartas retóricas, entre discursos aparatosos, entre arbitrios infecundos, entre procesiones teatrales, lo cierto es que la cruzada contra los turcos no crecía gran cosa. Citadas las gentes de armas á la ciudad de Ancona, apenas encontraron con qué mantenerse, y se dieron á la rapiña y al saqueo. Por todas partes bandas de milites desharrapadas y hambrientas acometían á los viajeros, asaltaban los hogares y esparcían los horrores de la guerra civil á sangre y fuego. Las frases menudeaban al compás que disminuían las fuerzas. Los discursos retóricos se perdían y estrellaban en la general indiferencia. «Somos, exclamaba Pío delante del colegio de cardenales, demasiado débiles para empuñar la espada; mas, á imitación de Moisés, arrodillado en el monte mientras Israel pugnaba con los amalecitas, sobre las tablas de una nave levantaremos el sacro cáliz á Dios en demanda de la victoria para nuestros guerreros.» Nadie oyó estas elocuentes palabras. Todos los príncipes laicos permanecieron silenciosos é indiferentes: los Esforzas tacharon de mezquinos los armamentos para una empresa tan grande; los Médicis dijeron que un

Papa viejo se metía en calaveradas de jóvenes; los Reyes de Francia enviaron alguna que otra ofrenda de aparato y de honor; los Emperadores de Alemania no quisieron que, so pretexto de alimentar las cruzadas, se perdiera y se arruinara tristemente á su pueblo. El día 19 de Junio de 1464 encaminóse Pío II á la ciudad de Ancona, devorado por la fiebre, y tendido en triste lecho sobre barca que lo llevaba por el Tíber y que parecía arrastrarlo á la eternidad. En efecto, su desmayo era tanto y tanta su tristeza, que al descender á la orilla y contemplar á lo lejos la Ciudad Eterna, le dirigió un último adiós en suprema y congojosa despedida. Quien le viera triste, solitario, abandonado, deslizándose por la corriente, no diría que iba movido de un pensamiento tan alto á una empresa tan grande. Dos únicas naves había podido reunir en el puerto de Ancona, que flotaban tristemente, como para mostrar la irremediable decadencia del Pontificado. Por fin, el día 12 de Agosto las naves de Venecia en algún número llegaron mandadas por el dux Cristóbal Moro. Mas el día de su llegada no pudo ya verlas, no, la vista casi extinguida de Pío II. Sin embargo, hizo abrir las ventanas del palacio episcopal, erguido sobre una eminencia, y mirando con tristísimo mirar de moribundo, al caer la noche eterna sobre sus ardientes retinas, el sitio misterioso por donde sale el sol en aquellos cielos espléndidos y en aquellos mares luminosos, conjuró á los príncipes, á los cardenales congregados en torno de su lecho, con palabras que tenían aún sabor retórico á pesar de cortarlas el hipo de la agonía, para que fuesen á levantar el imperio griego, á redimir á Constantinopla en su serrallo, á poner el lábaro de la cruz en las cúpulas de Santa Sofía, á emprender y cumplir una cruzada que pudiera ser parte á la toma y reconquista de Jerusalén. Cuentan que Augusto, al morir, viendo tan admirablemente desempeñada por él hasta el fin la comedia de la vida, gritó: «Aplaudid.» Igual aplauso merecía este Papa de una vida tan teatral, y que expiraba en una grande escena, delante de una empresa y de una cruzada de teatro. ¡Cuáles emo-

ciones tantos y tan extraordinarios hechos despertaron en el alma de Colón? Lo cierto es que no pueden saberse los móviles de su proceder sin contar las causas generales y las causas particularísimas que lo determinaron. Y entre las causas generales, ninguna tan determinante como su profunda religiosidad. Y esta profunda religiosidad le llevó á soñar con todo lo que soñara y á emprender todo cuanto emprendiera. Uno de los móviles capitales de su obra fué la intención sistemática y el deliberado propósito de restaurar las cruzadas con todos los recursos que le debían dar los áureos imperios fantaseados en su creadora imaginación. Y este móvil se origina y parte principalmente de las agitaciones sobrevenidas á Italia tras la desgracia de Constantinopla. Joven, muy joven por aquel entonces, ¡cómo debía conmoverle no solamente la pérdida irremediable de la gran ciudad sita en el punto de intersección entre Asia y Europa, sino la rota y la muerte de los pueblos cristianos que la cimitarra iba sin piedad á cercén degollando! ¡Cómo el abandono forzado de los helenos á los mongoles debía desgarrar su corazón! ¡Cuánto aquellos embajadores de un mundo en ruinas, escapados por milagro á la tala y al incendio, debían tentarle á intentar lo imposible para socorrerlos y salvarlos! Cuando la media luna se vislumbraba nuevamente desde Sicilla; cuando entraban en el harén de Turquía las islas griegas; cuando los venecianos quedaban sepultados en Aurea; cuando el sultán se atrevía, en los ensoberbecimientos del triunfo, á estrangular con sus propias manos al postrer Duque de Atenas; cuando los huídos á la catástrofe tenían que optar entre la servidumbre ó el destierro y la muerte; cuando el Ban de Besusa expiraba circuído por quinientos gentileshombres inmolados y mártires; cuando Corinto se consumía dentro de una hoguera que obscurece con sus bocanadas de humo los claros horizontes helénicos; cuando desde las costas del Peloponeso hasta los desiertos de Palestina se dilata un califato nuevo triunfante; los dolores despertados por todas aquellas desgracias debían dejar una hondísima huella